

CRISIS DE AUTENTICIDAD

Deseo explicarme bien. La Iglesia está pasando actualmente por esta crisis de autenticidad. Los mejores la exigen mucho y algunos se desesperan al constatar ciertas alarmantes insinceridades dentro de la Iglesia.

La autenticidad es una virtud grande pero peligrosa. Manejar lo auténtico, como manejar productos concentrados, es peligroso para personas inepatas. Bastará extralimitarse un poco para que el vértigo nos venza. Porque un hombre inhábil corre el riesgo de angustia cuando abarca demasiado. Hace falta ser muy grande, de gran temple de alma, para manejar sin peligro ideas explosivas.

Ciertamente, la autenticidad es virtud importante y básica tanto para los individuos como para las sociedades. Pero ser profundamente auténtico y buscar por encima de todo la luz es peligroso, para las almas y para las sociedades, si no saben equilibrar esta búsqueda con mucha dosis de esperanza. Porque la autenticidad, con ser una gran virtud, es propensa a crear amargura y deserción, cuando germina en almas o en sociedades sin equilibrio.

Creo que en la Iglesia se está agudizando una gran crisis de

autenticidad. Se busca por todas partes, los jóvenes la exigen a gritos, pero hay muchos cristianos, incluyendo sacerdotes, que no están preparados para este deseo que brota pujante. Hoy se ponen de manifiesto abiertamente defectos y falsedades en actitudes eclesiales. Frente a la farsa de muchas instituciones anquilosadas se levanta, demasiado violentamente el deseo drástico de la autenticidad. Y esto produce vértigo a muchos. Hoy la criba de autenticidad zarandea y lanza fuera a muchos cristianos. ¿Quién tiene la culpa?

Quizá la culpa no sea de nadie, o lo que es lo mismo quizá la culpa sea de todos. Quizá hemos olvidado todos un poco que la evolución debe nacer desde dentro y que los cambios extrínsecos han de tener un apoyo en una madurez interior.

No se trata de demoler, de arrasar como un huracán, sino de revisar estructuras e ir las reformando paso a paso.

No intento paliar la falta de autenticidad que todavía existe en la Iglesia. Más aún, la Iglesia no quiere cristianos ciegos para ver los defectos. Necesitamos una visión serena y clarividente, pero sin desesperanza. El problema empieza cuando un joven tiene más de-

seos de autenticidad que esperanza en la Iglesia. De aquí nacen los desertores. La desilusión brota cuando no se puede superar con esperanza el despotismo de la falsedad. Pero seamos consecuentes. No hay nada más absurdo que echarlo todo a rodar porque no podemos conseguir a la primera esa rectitud y ese ambiente de sinceridad que buscamos.

Vosotros, los que buscáis autenticidad: alabo vuestra postura realista y desmitizadora y os digo como Pablo VI en la alocución a la juventud desde Castelgandolfo:

—Una indecible atracción a la perfección empuja hoy a las almas juveniles y las impelle a una franqueza cristiana, a una autenticidad total, a una fidelidad católica, a una originalidad espiritual, que deja conmovido y asombrado a quien la observa. Es uno de los signos de los tiempos, que nos dan la alegría de pertenecer a esta nuestra grande agitada época, y que nos infunde nuevas esperanzas para el porvenir.

¿Veis cómo el Papa no tiene miedo a la autenticidad? El siente la alegría de pertenecer a esta "nuestra grande y agitada época". El ve en estos signos de los tiempos "nuevas esperanzas para el porvenir". Pe-

ro sólo con la sangre de los mejores llegaremos a ese porvenir. Y cuando me entero que algunos han desertado de nuestras filas, víctimas de esta crisis de autenticidad, me da pena por ellos y por la Iglesia. Por ellos porque no han tenido la suficiente Esperanza. Por la Iglesia también, porque hemos perdido a un elemento que hubiera pujado desde dentro a esta rémora que nos detiene.

Pero crece mi esperanza al observar que la autenticidad es "un signo de nuestros tiempos". En el último Congreso Mundial de los Laicos decía Ruedi Weber al enjuiciar el Congreso:

"Hoy estoy asombrado de vuestra franqueza; vuestra impaciencia casi me deja sin aliento".

Monseñor Glorieux hablaba también de esta libertad como de "una explosión de vitalidad en el seno de la Iglesia", y como diría Ruiz Giménez "aunque seamos impacientes, lo hacemos por amor a la Iglesia y de sus pastores".

Todos los que buscáis autenticidad la tendréis, pero sin violencia, sin angustias ni urgencias prematuras.

¿Cómo se consigue la autenticidad?

Tres escalones, densos de significado. Tres pasos realistas en el camino de la autenticidad.

1. Serenidad para ver y juzgar.

Sucede, por un error de perspectiva, que vemos agudizadas por la cercanía ciertas falsedades que en una estructura de conjunto no tienen tanta importancia. Tenemos que ser serenos para ver y para juzgar. No dramatizar los hechos. No amplificar con resonancias personales las pequeñas falsedades de cada día. Es preciso verlas, pero con perspectiva. Es desproporcionado, por ejemplo, que una joven desespere de la Iglesia católica porque en su colegio encontró ciertas incongruencias.

2. Aumentar la esperanza en la Iglesia.

Sólo los que aman mucho a la Iglesia estarán libres de la amargura. Jamás te escandalices de la Iglesia. Jamás critiques con amargura, sus faltas. La Iglesia, nuestra Madre y Maestra, es la primera en desear este clima de autenticidad. La culpa es nuestra. Es absurdo, por ejemplo, que un joven abandone la Iglesia porque encontró en su camino obispos y sacerdotes inconsecuentes con la doctrina del Evangelio y de la Iglesia. Lo lógico hubiera sido que desde dentro hubiera luchado por evitar esos fallos reales que existen.

3. Luchar por ser auténticos nosotros mismos y por crear autenticidad.

La cobardía es más fácil y es tentación de cada día. Por eso hay que luchar sin descanso por la autenticidad. ¿Cómo? Viviendo un cristianismo para hombres sinceros.

**Para Colegios, casas comunales, restaurantes, comedores,
donde se requiere equipo de cocina pesado, eficiente,
sencillas de operar, durables.**

Venga a



**Convénzase pidiendo una demostración al
Teléfono 21-40-04, 21-40-06.**

Tropical Gas Company, Inc.